rarias. Asimismo, versos de canciones folklóricas, palabras extranjeras y coloquialismos entran en el diálogo textual. La naturaleza inventiva e hiperbólica del dialecto de la costa caribeña colombiana recibe un énfasis especial.

El uso del lenguaje de Albalucía Angel, al denunciar el silencio impuesto a la mujer, le desata la mordaza, transformando a través del lenguaje la derrota trágica de la protagonista en un grito triunfal. *Misía Señora* confirma la llegada de la mujer a ese otro espacio que por tanto tiempo tan sólo vislumbró desde lejos.

SHARON KEEFE UGALDE

Southwest Texas State University.

UMBERTO VALVERDE: *Celia Cruz: Reina Rumba*. Bogotá: Editorial La Oveja Negra, 1981.

UMBERTO VALVERDE: *En busca de tu nombre*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1982.

Dos libros y una presencia constante: la soledad. Pero es Valverde quien la invade, la evoca, la acaricia y se venga de ella con crueldad mediante la habilidosa creación de una irrespirable atmósfera literaria intoxicada de frustración y marginalismo.

«... hay una película que se llama *Diez*, con Bo Derek, para mí Celia es once y medio, y ella ríe a carcajadas: no, quince, qué desgraciado, con todos los hierros caballeros, qué pena me da tu caso, lo tuyo es mental; y la música irrumpe en la caseta y el ritmo nace de su voz...», y a través de la inmensa sonrisa de Celia el Caribe se desborda en todo su ritmo e inunda Cali y la prosa cadenciosa del colombiano Umberto Valverde inunda todos los sentidos del lector en una estrafalaria pirueta que trasciende el mensaje escrito en *Celia Cruz: Reina Rumba*.

La historia salta de Cali ayer a Nueva York mañana, a Cuba anteayer, a un México más allá del tiempo; salta rauda y rítmica como la misma rumba de Celia. Valverde manipula el habla popular en un discurso fluido, afluyente y confluyente con la música, con el habla de Celia, con ese siempre incorruptible folklore caribeño. El humor del barrio —de ese Barrio Obrero que no abandona a Valverde o que Valverde se niega a abandonar—, se eleva sobre sus calles estrechas, sus bares y sus vitrolas y se extiende cubano, colombiano, mexicano, caribeño, latinoamericano, infinito. Hay una obvia pero bien digerida influencia de la obra de Guillermo Cabrera Infante —sobre todo de la *Estrella de TTT*, a la cual se alude en cierto momento— y de la de Manuel Puig, que no limita en absoluto el alcance de la obra, sino que, al contrario, multiplica su dimensionalidad. En el manejo del lenguaje y la cultura popular, este libro destaca en forma similar a *La Guaracha del Macho Gamacho*, curiosamente otra obra caribeña del puertorriqueño Luis Rafael Sánchez, dentro de la producción iberoamericana de los últimos diez años.

Biografía, fiesta inacabada, evocación melancólica, la obra es eso y mucho más. Con su propuesta anarquía narrativa y su desdén por el recuento histórico (a pesar de que nunca falta el dato preciso cuando es necesario), Valverde nos conduce a través de una galería de paisajes, recuerdos y personajes hasta desembocar en una perfecta semblanza de su Majestad La Rumba. No puede escribirse libro más completo sobre Celia, es imposible captar mejor que Valverde todo el recorrido de esa

estridente carcajada cubana que viaja con ella a todos los rincones y que es su única compañía en medio de esa aplastante soledad que Celia ha padecido en silencio durante este último cuarto de siglo. «... Celia Cruz, que añora su linda Cuba donde no se le oye, La Habana con calles de luz y esplendor... Celia va por el mundo, con el son adentro, porque el son es lo más sublime para el alma divertirse... yo soy libre como el viento... yo soy la voz de mi Cuba.» Es la soledad de Humberto Corredor, ese personaje de carne y hueso que se ubica en el libro como presencia mitológica, rodeado de la historia de Celia y la Sonora Matancera. Es también la soledad de Cabrera Infante, infante difunto. La argentina soledad neoyorquina de Manuel Puig. Es, en fin, la soledad de Valverde, que es, a la vez, su mejor arma literaria.

La persistente presencia de esa misma soledad (soledad popular, soledad literaria) es quien salva del fracaso narrativo el otro libro que aquí nos ocupa. *En busca de tu nombre* es una colección de cuentos en la que Valverde intenta un mimetismo discursivo que no logra consolidar. Y es que a Valverde no le sienta el análisis social directo, porque es su confinamiento voluntario lo que otorga realce a su prosa. No la soledad forzosa de «Mary Jane», cuento que abre el volumen y que parece una endeble estructura prefabricada puesta en función de un torpe e ineficaz desenlace. La prosa aquí es deshumanizada, fríamente reflexiva, carente de fluidez. En «Bárbara» y «Marcela» el lesbianismo deviene en solución al marginalismo y la soledad. Mediante el lesbianismo de los personajes el autor hilvana el contenido de ambas narraciones, en un malabar que intenta dibujar un fresco social. Aunque formalmente bien resuelto, el estilo epistolar en «Bárbara» se hace pesado y predecible. Es la soledad del protagonista quien brinda dignidad a la narración y evita que se malogre definitivamente. En «Marcela» los saltos narrativos no cumplen su misión como recurso estilístico y el cuento parece abrupto e incompleto, un esbozo de sí mismo. El perfil psicológico del solitario logra, en «Andrea», una densidad admirable que la convierte en la mejor narración del libro. Me resulta curioso cómo a pesar del excelente dominio del habla popular que posee Valverde, en este cuento el punto más flaco es el diálogo, que no alcanza la credibilidad literaria requerida; es posible que la complejidad del personaje haya escapado el control absoluto del autor y éste, confiado en su virtud, termina incapaz de atrapar el lenguaje que orgánicamente le corresponde y le permita completar los contornos de su personaje. En «Susana», a pesar del interminable desfile de personajes en una situación simple y limitada, Valverde logra maniobrar con misteriosa habilidad la espátula del artista, ensamblando todos los fragmentos para lograr, esta vez sí, un fresco social completo, pero limitado a esta narración y no como culminación de la trayectoria del libro como conjunto. Es quizá porque al final reaparece el Caribe, la rumba con todo su erotismo, la evocación sensual, la presencia de Celia y la madurada soledad de Valverde, que irrumpe victoriosa en toda su continuidad, que trae el mar tierra adentro hasta Cali, que redefine la geografía del mundo literario del autor.

El saldo que arroja la lectura conjunta de ambos libros es el de una favorable solidez estilística, pues ambos libros se complementan, y a pesar de sus superficiales diferencias, éstas no implican un acto de travestismo literario, sino todo lo contrario, el afianzamiento de un escritor que comprende su tema, lo acepta, juega con él y lo asalta.

ROBERTO MADRIGAL ECAY

Cincinnati.